



En Roma con el Papa Francisco

Cuando amaneció Febrero, 17 obispos de Alaska, Washington, Oregon, Idaho y Montana pasaron una semana en Roma para reunirse con el Papa Francisco y visitar a funcionarios de 13 departamentos del Vaticano.

Llegué el domingo por la tarde, el 2 de Febrero. Temprano a la mañana siguiente partimos para celebrar la Misa en la tumba de San Pedro. En su homilía, el Arzobispo Sample nos recordó que estábamos allí, porque “Pedro está aquí”, como lo atestiguan las antiguas palabras en Griego raspadas en la roca cerca de sus huesos. No muy lejos de donde estábamos, el papa pescador Galileo derramó su sangre en una cruz, y pronto íbamos a ser llevados a la presencia de su sucesor. Dos mil años han pasado, pero las palabras de Jesús que nombran a Pedro la Roca de la Iglesia no han pasado.

El Papa Francisco nos recibió gentilmente, y nos sentamos a dos horas y media de conversación fraterna y fluida, aligeradas más de una vez por el ingenio listo del Santo Padre. A mediados me sorprendió lo completamente a gusto que todos nos sentimos.

Gran parte de lo que hablamos apareció unos días después en la exhortación que el Papa emitió tocante el Sínodo Amazono en Octubre pasado. Además, nos habló abiertamente sobre el próximo informe sobre el ex-cardenal Theodore McCarrick, y reiteró con bastante fuerza sus puntos de vista sobre la campaña por

el transgénero. Cuando se acabó nuestro tiempo, salimos de la habitación animados y alentados.

De Martes a Viernes, estuvimos ocupados visitando las oficinas del Vaticano—las Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para la Protección de Menores, y para la Educación Católica, por nombrar algunos. En mayor parte este fue un tiempo invertido en entablar una conversación y un intercambio franco de ideas.

Nosotros los obispos somos llamados “sucesores de los Apóstoles”, y así lo somos. Era apropiado, por lo tanto, que celebráramos nuestra última Misa en Roma en los Muros Exteriores de San Pablo. Debajo de su altar mayor se encuentra la tumba del gran Apóstol de los Gentiles. Así que la semana *ad limina* comenzó y terminó con nosotros parados juntos en el altar cerca de los huesos de Pedro y los huesos de Pablo. Las correas de sus sandalias no somos dignos de desatar, pero el Señor nos ha elegido, como Él los eligió a ellos, para ser “mayordomos de los misterios de Dios”. Solo podemos confiar en que Él nos dará, como Él les dio a ellos, gracia para ser fieles a nuestro llamado, gracia para ser fieles hasta el fin.